

Un día llegó un viajero.

Un día llegó un viajero. Silenciosamente, apareció por el pueblo, a esa hora de media tarde cuando aún no hay nadie en la calle, porque el calor obliga a refugiarse. Entró en el bar de la plaza y pidió una cerveza. Se sentó a beberla en la mesa que hay junto a la ventana, mirando a la iglesia.

Los pocos vecinos presentes, interrumpieron sus conversaciones y le miraron interrogativamente, sin disimulo, interrogativamente, casi descaradamente. Poco a poco fueron retomando sus chacharas, sus partidas y sus bebidas. Al rato, nadie recordaba que estaba allí.

Solo Julito, el hijo del tabernero, seguía mirándole. Le recordaba a alguien, pero no conseguía acertar a quién. Tímidamente se fue acercando hasta situarse frente a él. El viajero levantó la vista y le dedico una sonrisa. Con un gesto le invitó a sentarse.

-¿De donde vienes? Preguntó Julito.

-De muy lejos... y sin embargo siempre he estado aquí, en esta plaza.

-Yo siempre juego en esta plaza y nunca te he visto. Pero tu cara me suena.

¡JULITO! ¡Cuántas veces tengo que decirte que no molestes a los clientes! Tronó una voz desde detrás de la barra.

Julito, asustado, salió corriendo a la plaza.

El viajero se levantó y fue a pedir otra cerveza.

-¿De quién es esa estatua que hay en la plaza? Preguntó al dueño.

-¿La estatua? No sé, dicen que fue un vecino que se enfrentó a los franceses.

-¿Pero qué dices? Le corrigió alguien desde un rincón. Ese fue un indiano que volvió rico y compró la finca del río.

-¡Anda ya! Intervino un tercero. Fue un obispo de Toledo y le pusieron la estatua porque nació aquí.

-¿Un obispo?, ¿Cómo va a ser un obispo?, ¿No ves que lleva ropa de soldado?...

El viajero salió del bar, dejándoles con la discusión. En el centro de la plaza, sentado a la sombra de la estatua estaba Julito. Se acercó y se sentó a su lado.

-¿Tú sabes de quién es esta estatua?

-Sí, es mi amigo.

-¿Cómo puede ser tu amigo?

-Jugamos juntos a muchas cosas. Yo imagino que es un marino y que me cuenta sus viajes, y me promete que un día me llevará con él.

Mientras se lo explica, corretea y salta alrededor del monumento.

-Otro día, creo que es un profesor que me enseña las letras y los números. En verano, cuando el sol sale por detrás de la torre de la iglesia, la sombra del casco le dibuja una sonrisa que solo yo veo. Y esa sonrisa...la he visto hoy...en tu cara.

Justo en ese momento se para donde estaba sentado el viajero... que ya no está allí. Mira a su alrededor, pero no le encuentra. Julito regresa cabizbajo hacia el bar.

Desde lo alto del pedestal, sonriente, la estatua le mira.